

Un recorrido necesario: el pensamiento hispanoamericano y las preguntas por el conocimiento de la realidad y la literatura¹

A necessary path: Hispano American thought and questions of knowledge about reality and literature

Clara María Parra Triana

Universidad de Concepción, Concepción, Chile

E-mail: cparratriana@hotmail.com

Resumen

Presento un recorrido interpretativo por las formas de asumir el conocimiento dadas en Hispanoamérica a finales del siglo XIX y principios del XX, momento en el cual triunfa el humanismo como una manifestación de la modernidad intelectual, que se debate frontalmente con la postura positivista asumida tanto a nivel ideológico como político y educativo. El antipositivismo fue su contraparte y, por lo tanto, dio la posibilidad de brindar a los estudios literarios un espacio propio, tal como fue la historiografía literaria.

Palabras claves: Modernidad intelectual, positivismo, antipositivismo, estudios literarios, historiografía literaria.

Abstract

I show a reading path through the ways knowledge were taken in Hispano America at late Ninetieth century and early Twentieth century, when humanism stands as a show of intellectual modernity that fights against

¹ Este estudio forma parte de la tesis doctoral en literatura latinoamericana en la Universidad de Concepción (Chile), dirigida por la Dra. Cecilia Rubio. La investigación tiene como objetivo determinar las apuestas claves que hicieron de los estudios literarios hispanoamericanos una manifestación legítima y autónoma dentro del pensamiento del subcontinente.

ideological, political and educative Positivism. Antipositivism was its detractor, and for that reason offered the possibility for Literary Studies having their own place, as Literary Historiography was.

Key words: Intellectual modernity, Positivism, Antipositivism, literary studies, literary historiography.

Introducción

A continuación observaremos la forma como emergen los afanes por la *autonomía intelectual y crítica*, mediante la instalación y enfrentamiento de respuestas a los interrogantes por el conocimiento de la realidad hispanoamericana generadores de sistemas de pensamiento que buscaban justificar nuestra existencia histórica. Dichos sistemas adquieren una cierta coherencia formal que la historia de las ideas ha denominado como *positivismo* y *antipositivismo*. De la instauración del primero y la reacción crítica del segundo, se derivó la controversia referente al ser de la historia y la producción cultural de las sociedades hispanoamericanas, que dará sus primeras señales en la *historiografía*, fundada en el criterio de pensar la historia a través de los discursos que le han dado forma. De estas pugnas ideológicas y epistemológicas, nace la inquietud por el establecer los estudios literarios como un recurso para analizar y comprender la literatura no sólo en sus factores estéticos, sino también en su presencia histórico-cultural en la sociedad.

Primera generación del debate hispanoamericano

Sabemos por José Luís Romero y Ángel Rama que en las ciudades hispanoamericanas del siglo XIX la élite criolla adoptó la consigna del progreso y asumió la letra como su bandera. Así fue hasta bien avanzado el siglo XIX. Efectivamente, los grupos de letrados constituían una clase aparte, por lo general dirigente (con beneficios económicos y, por lo tanto, políticos), que les permitía tener gran influencia en los destinos de las naciones. El letrado “dibujó” otra ciudad dentro de la ciudad, y se mantuvo al pie del poder (si no en el poder mismo), haciendo cumplir sus proyectos.

El papel de los letrados en el siglo XIX fue social y políticamente relevante, debido a que su actuación incide en los procesos de cambio y concientización colectiva. De hecho, sus productos literarios, legislativos, periodísticos, entre otros, se ponen al servicio de causas comunes. La lite-

ratura es entonces un medio de difusión, un instrumento para los idearios y polémicas, pues se hace necesario transmitir mediante la ilustración la conciencia crítica en emergencia.

Los proyectos de emancipación satisficieron a algunos segmentos de la sociedad hispanoamericana, y la crítica a sus resultados no se hizo esperar. Ya no sólo se trataba de desalojar a la colonia española sino de encontrar la forma de despojar a la sociedad hispanoamericana de cualquier sombra que significara volver a los hábitos íberos, vistos como sinónimo de esclavitud, servidumbre y dogmatismo. Esta primera reacción anticolonialista y desespañolizadora la encabezó una generación letrada que se originó en la conciencia criolla, la cual reveló la urgencia de una reforma en las mentalidades hispanoamericanas, en la que encontramos a Sarmiento, Alberdi, Mora, Lastarria, entre otros.

Hacia 1830, el proceso de emancipación política de las antiguas colonias de España, salvo Cuba y Puerto Rico, estaba terminado. Pero el proyecto integrador y unitario que era consustancial al proceso también se diluye y comienza una etapa de luchas caudillistas, guerras internas y conflictivos cambios de poder, buscando formas de gobierno independiente del que no existían tradiciones ni experiencias (Osorio, 2000: 39).

Esta generación de hombres de letras que atestigua las independencias opone a la revolución, sinónimo de desorden y anarquía, la evolución como camino necesario para alcanzar el progreso que se enfrentaba a la barbarie de los pueblos originarios y de la herencia española (cf. Zea 1980). Es en la búsqueda de la civilización que se concentran entonces los proyectos políticos, educativos y sociales, tales como la inmigración europea, propuesta por Sarmiento para desespañolizar y sajonzar a las sociedades en favor de su mejoramiento. Se inicia de esta forma la preocupación por las realidades y problemas locales, y su consecuente necesidad de superación, que lleva a esta élite a proponer como posible solución aceptar de los desafíos de la razón y sus implicaciones a favor de la libertad, el orden y el progreso, como lo señala Gabino Barreda en su "Oración Cívica" de 1867: "Conciudadanos: que en lo de adelante sea nuestra divisa libertad, orden y progreso; la libertad como medio; el orden como base y el progreso como fin" (296).

Códigos y polémicas positivistas en la América hispana

El terreno fértil que fue la América hispana para el positivismo ortodoxo radica en la inconformidad latente con el pasado colonial y el anquilosamiento de las instituciones ostentadoras del poder político, espiritual y social. El pensamiento positivista ofrece la oportunidad para que las inteligencias hispanoamericanas indaguen en su realidad fuera de la influencia española, con lo que contribuye a una declaración de autorreconocimiento para los pueblos y las sociedades. No fue simplemente una muestra de diferenciación, sino ante todo de identificación: la urgencia por determinar quiénes eran los hispanoamericanos antes, durante y después de la turbulencia emancipatoria, establece como primera necesidad la disposición de las problemáticas propiamente hispanoamericanas enmarcadas en un orden industrial y progresista.

Aquella inquietud propicia la revisión crítica del legado íbero, que lleva a las más pesimistas conclusiones en materia de herencia cultural, social e histórica. Se culpa a España de la pobreza, atraso y falta de iniciativa para resolver los propios conflictos, y se le tilda de antimoderna, perezosa e inferior, comparada con otras naciones que ponen como estandarte el trabajo para el progreso, y no como una forma de castigo.

Tomados así los conflictos de Hispanoamérica, los voceros del positivismo, que además tenían la ventaja de ser hombres de acción en el sentido político, ven a la educación como el medio para cultivar en la sociedad los anhelos de mejoramiento, tecnificación y científicismo. Tendría que ser una educación laica, concentrada en las ciencias físicas, químicas y matemáticas, sin dejar mucho espacio a las orientaciones especulativas, consideradas, de alguna manera, también ficticias. Veamos, por ejemplo, la “Carta a Mariano Riva Palacio sobre la instrucción preparatoria”, que Gabino Barreda redacta en 1870, y que es, de alguna manera, el resumen de su aporte positivista para la educación pública adoptada por el porfiriato:

Como usted podrá notar a primera vista, los estudios preparatorios más importantes se han arreglado de manera que se comience por el de las matemáticas y se concluya por el de lógica, interponiendo entre ambos el estudio de las ciencias naturales, poniendo en primer lugar la cosmografía y la física, luego la geografía y la química, y por último la historia natural de los seres dotados

de vida, es decir, la botánica y la zoología (Cit. en Zea 1980 12. Vol. I).

[...] una educación, repito, emprendida sobre tales bases, y con sólo el deseo de hallar la verdad, es decir, de encontrar lo que realmente hay, y no lo que en nuestro concepto debiera haber en los fenómenos naturales, no puede menos de ser, a la vez que un manantial inagotable de satisfacciones, el más seguro preliminar de la paz y del orden social porque él pondrá a todos los ciudadanos en aptitud de apreciar todos los hechos de una manera semejante, y por lo mismo, uniformará las opiniones hasta donde esto es posible (*Id.* 17 Vol. I)

Barreda llega a México a instaurar en el Plan de Estudios para la Escuela Preparatoria el *desideratum* positivista más radical e influyente jamás visto a nivel educativo e instructivo. Su visión tuvo como principio tanto la utilidad y la dignidad social, como la preparación efectiva para el servicio comunitario, lo que conduciría a la riqueza material y al progreso de la nación. Había que cultivar a los hombres para que trabajaran a pesar de los obstáculos que pudiesen presentar la tierra y la raza americanas, pues a los ojos del positivismo éstas constituían una dificultad para el desarrollo de la sociedad. La educación, o mejor, la instrucción, sería el medio por el que se controlaría mejor el proyecto de modernización, aunando estrategias políticas de bienestar nacional con estrategias educativas de cultivo científico.

El acento que pone el positivismo hispanoamericano en la modernización instrumental para alcanzar los niveles de desarrollo material de sociedades como la norteamericana o la inglesa, fortalece y alimenta el ímpetu de la sociedad hispanoamericana hacia tales tendencias. El deseo de adjudicar el propósito de la existencia humana al progreso material hace que la burguesía naciente trabaje fuertemente en la consolidación de una moral colectiva que le diera la razón a dicho fin; pero como el racionalismo y el utilitarismo chocan con la mentalidad secular, había que convocar a una laicización de la moral persiguiendo fines prácticos beneficiosos para todos, con el fin de que el aparato instrumental se mantuviera en pie. Se percibe así cómo la sociedad hispanoamericana mantuvo la actitud positivista como forma de resistirse a las mentalidades que, por un lado, pro-

clamaban la conservación de tradiciones coloniales, y por otro, pretendían la recuperación de lo nativo y natural (en el sentido de no-civilizado) o reivindicaban la imaginación y la metafísica. El positivismo mantuvo una ambigüedad esencial, pues al mismo tiempo que defendía la libertad, le ponía límites, dando a entender que el individuo aún no estaba preparado para buscar la suya propia. A este principio se le reconoce una preocupación por la solidaridad y participación colectiva, en un tranquilo orden, a expensas de la libertad individual. Es en este aspecto en donde el positivismo revela su debilidad con respecto al proceso de modernización: lucha en contra del dogma, siendo dogmático y disfraza sus pretensiones absolutistas abogando por necesidades elementales.

Reacciones antipositivistas hispanoamericanas

A pesar de que el positivismo se percibe como un “estado de conciencia intelectual de Occidente” (Zum Felde, 1954: 189) y que alberga grandes proyectos que buscan solucionar problemas medulares de las sociedades en proceso de autonomización, las falencias epistémicas que exhibe, producen en sus propios exponentes reacciones de reformulación, oposición y crítica, pues su sistema se hace insuficiente. En el contexto mexicano, en donde posee todo un apoyo político ideológico (no sólo científico), genera en su etapa más avanzada las revisiones críticas que pronto se le oponen, como el caso de los discípulos de Gabino Barreda.

Los antipositivistas hispanoamericanos observaron que el sistema positivista redujo la visión y los anhelos de la sociedad a fines puramente materiales, dejando de lado la comprensión de su papel histórico. Ellos lucharon por abrir el cercado **moral**, ensanchando la confianza en una **ética** basada en la dignidad humana y, ante todo, en el rol del hombre como sujeto de la historia. Para ellos la bonanza material es solo una necesidad primaria, pues el verdadero fin de la humanidad es la fundamentación del espíritu.

Podría indicarse antes de una etapa antipositivista en Hispanoamérica, un período post-positivista, que alberga la revisión de los saldos científicos y aboga por un idealismo de corte sociológico, tales como los trabajos de Justo Sierra, José Ingenieros, Carlos Vaz Ferreira, Eugenio María de Hostos, José Enrique Rodó, entre otros; quienes revelaron el dualismo del positivismo perceptible en su práctica idealista-política y sus convicciones científicas.

Los intelectuales antipositivistas encontraron sus argumentos más esenciales en la “filosofía vitalista” de Bergson, el anti-intelectualismo de Nietzsche y la filosofía de la historia de Hegel, principalmente (aunque a esta última la leen con gran distancia crítica). El antipositivismo en Hispanoamérica no consistió en una llana oposición al intelectualismo de los positivistas, sino que se consolidó como el paso necesario a la consideración de los valores extraexperienciales que constituyen el espíritu de una sociedad llamada por fin a experimentar la **autoconciencia** y a realizar el libre ejercicio de la **autonomía intelectual y ética** (Salazar, 1988).

En efecto, lo que comienza siendo una oposición al empirismo, pronto se convirtió en un credo de lo que se conocería como “Arte libre” y “Libertad creadora”. Volver a la intuición, pero con rigor, sería la fórmula para superar el empirismo y trabajar por el humanismo de la América española.

El grupo de jóvenes intelectuales mexicanos que conocemos como el Ateneo de la Juventud, en el cual Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes se conocen y conciben sus proyectos intelectuales y literarios, tiene como credo el “arte libre”, y con la guía de Justo Sierra y la apertura de las lecturas filosóficas de Antonio Caso, instalan la posición antipositivista como la fundamentación del discurso crítico de línea humanista de la que carece la ideología de “los científicos” (élite privilegiada del porfiriato, eminentemente oficialista).

Los ateneístas realizan una lectura del “espíritu de América” tomando como referencia el concepto de “evolución creadora” de Bergson. Es, sin duda, el recurso más fuerte para oponerse al positivismo ortodoxo, cuyos efectos en las mentes hispanoamericanas habían conducido al reduccionismo y la ignorancia espiritual. La “evolución creadora” rivaliza con el neodarwinismo y con el determinismo spenceriano, pues abre la posibilidad de reconocerle a la intuición su papel en la búsqueda de conocimiento.

El acento que aquellos ponen en el instinto (de cuño bergsoniano) ofrece una mayor libertad y apertura que, junto con el rigor en reflexión filosófica y axiológica, consolidan el establecimiento genuino del **pensamiento moderno hispanoamericano**, pues se revaloriza la cultura y la historia, y se convierten en criterios para la comprensión y el planteamiento de los temas y problemas propios de Hispanoamérica.

Con esta tendencia de pensamiento, la América hispana atestigua y experimenta la intervención social de la figura del **intelectual**, quien ya no sólo es el hombre de letras, en el sentido político y social (superando las

etapas didácticas y morales de su labor), y asume la **actitud crítica**, como manifestación de una apertura históricamente necesaria (Gutiérrez, 2001). El criticismo que en adelante se busca, pretende afianzar en complejidad y el rigor que suponen la formación de un intelectual integral, de allí que su inquietud por la filosofía moderna lleve a los antipositivistas a planear estrategias de integración que superen el provincialismo y abran los espacios de comunicación especializada.

El antipositivismo destaca la urgencia por el reconocimiento de la tradición latina (clásica) e hispana, superando añoranzas y disputas; en este sentido, el llamado ya no sería a imitar, sino a interpretar. El gran código de esta reacción crítica es, entonces, la constitución de nuestra propia historia cultural a través de la interpretación de nuestras expresiones, manifestaciones y creaciones que ayudan a la adquisición de conciencia de Hispanoamérica como un espacio poseedor de una realidad histórico-cultural propia.

La libertad vista desde la postura antipositivista (espiritualista y vitalista) busca la expansión y las fluctuaciones del espíritu en los vaivenes de lo impredecible; la creación libre le da la posibilidad al hombre de evolucionar en su expresión y en su reflexión. Lo estético es, desde esta forma de ver, la mejor muestra de la libertad a la que el hombre tiene derecho. La apertura de la concepción de libertad buscó superar el concepto moral positivista enmarcado en imperativos sociales categóricos.

Rodó: polemista de la inteligencia americana

En busca de una posición intermedia, que conciliara los beneficios del uso de la razón práctica y la presencia de una inteligencia sensible, José Enrique Rodó formula su visión de las tendencias filosóficas y culturales de la América española. Conocida es su disertación de consejos para los jóvenes americanos expuesta en *Ariel*. La resistencia a tomar como modelos los triunfos norteamericanos, sin tener en cuenta que la América hispana posee un carácter diferente: es el referente más claro para observar su resistencia a los extremos positivistas, que pretendían una adaptación de modos y estrategias ajenas para acelerar el proceso de modernización material de nuestros pueblos. La apuesta por el “genio alado” alude a la necesidad imperiosa del cultivo del espíritu –de un espíritu propio– que revitalice lo que la practicidad y el utilitarismo habían acallado. ¿Por qué se dirige a la

juventud? Porque ésta es la que exhibe los anhelos de renovación, y para que no se quede sólo en anhelos, Rodó pone en palabras de Próspero el programa que la inteligencia joven de Hispanoamérica debe seguir para lograr el acceso a su mayoría de edad espiritual.

El pensador uruguayo alude a este “espíritu de renovación” porque participa de las inquietudes por establecer un nuevo orden en la sociedad iberoamericana. Observa que la urgencia por la libertad de las ideas, que había dejado como saldo la emancipación política, había también degenerado en el hallazgo de falsos refugios práctico-ideológicos que desvirtuaron la búsqueda auténtica de los pueblos: la ganancia de su libertad espiritual. Las palabras de Rodó son la expresión consciente de una coyuntura en la que ejercer la crítica es posible, siempre y cuando no se descuide el crecimiento individual. *Ariel* es la crítica al sinsentido que queda de la aceleración sin inteligencia ni sensibilidad, ya que no es el avanzar sin más lo que hace a un pueblo crecer en su grado de civilización, es el conocimiento de sus capacidades constituidas por un **crecimiento continuado** y **creativo** de una tradición.

En un comentario que escribe Rodó en 1910, titulado “Rumbos nuevos. Con motivo de la publicación de *Idola Fori* de Carlos Arturo Torres”, explicita cuál es su distanciamiento del “mal entendido positivismo hispanoamericano”. Inicia señalando los dos extremos viciosos de las inteligencias hispanoamericanas: el fanatismo y el escepticismo. A cada uno de ellos le reconoce sus defectos y bondades. El pensador uruguayo encuentra que antes de caer en el vicio, las inteligencias han de conciliar las dos partes, lo cual les permitirá acercarse más provechosamente a los deseos y a una superior capacidad de conocimiento. En el fanatismo extremo ubica Rodó al “criterio ortodoxo” que tendía a ver en el modelo anglosajón el camino más propicio para recuperar “el tiempo perdido de la colonia”. Sin embargo, también encuentra un extremismo de falso entusiasmo en el idealismo que cree poder resolverlo todo. El autor no niega el potencial del positivismo como “forma de espíritu original”, ya que con éste se removieron tendencias anquilosadas de conocimiento y se pasó a dignificar la labor de la razón. Como tal, el positivismo no podía ser desatendido. Pero Rodó indica que al llegar los ecos vacíos de esta “forma de espíritu” a Hispanoamérica,

Fue éste un empirismo utilitarista de muy bajo vuelo y de muy mezquina capacidad, como hecho de molde para halagar, con su aparente claridad de ideas y con la limitación de sus alcances morales y sociales, las más estrechas propensiones del sentido común. Por lo que se refiere al conocimiento, se cifraba en una concepción supersticiosa de la ciencia empírica, como potestad infalible e inmutable, dominadora del misterio del mundo y de la esfinge de la conciencia, y con virtud para lograr todo bien y dicha a los hombres. En lo tocante a la acción y al gobierno de la vida llevaba a una exclusiva consideración de los intereses materiales; a un concepto rebajado y mísero del destino humano; al menosprecio o la falsa comprensión de toda actividad desinteresada y libre; a la indiferencia por todo cuanto ultrapasara los límites de la finalidad inmediata que se resume en los términos de lo *práctico* y lo *útil* (Rodó, 1957: 503).

Así Rodó muestra que el positivismo, como “forma del espíritu”, respondió a necesidades puntuales de una realidad específica, pero fue nuestra disposición al fácil entusiasmo de los optimismos vanos no lo que llevó a desvirtuar la tendencia positivista que en lugar de servir como impulso vital dio muestras de la más penosa decadencia. Al espiritualismo generado como reacción crítica le recuerda Rodó la dificultad de deshacerse del positivismo debido a éste lo antecedió y lo provocó. Llama el pensador a evitar cualquier extremo, mediante la conciliación de lo que recibimos con lo que ya tenemos; no buscar partir de cero como pretendían los liberales de tendencia antiespañola, que trataban de reivindicar las novedades sin tener en cuenta los cimientos y antecedentes.

El problema de la historiografía literaria

Las ideas progresistas del positivismo y su reacción crítica, el antipositivismo, obligaron a los intelectuales a definir su postura a favor de un método de aprehensión social que pusiera a Hispanoamérica al mismo nivel de los estados ejemplares a nivel tecnológico e intelectual y que se preocupara al mismo tiempo por la formación y comprensión de su espíritu. La interpretación ortodoxa del sistema filosófico positivista logró aceptación masiva, debido a que sus exponentes eran a su vez reconocidos hombres de letras y prestigiosos funcionarios públicos. Los antipositivistas, por su parte, constituían una élite letrada cada vez más definida y distinguida

que se esforzó por especializarse en problemas filosóficos, sociológicos y literarios, por lo que su resonancia sólo alcanzó a llegar a círculos académicos e intelectuales de extracción pequeñoburguesa.

En esta marcada diferenciación se observa un momento significativo para la historia intelectual hispanoamericana: **la división del trabajo y la especificidad de la labor letrada en la sociedad**. Al no ser el antipositivista un hombre políticamente influyente, se ve obligado a subsumir su labor y su postura a círculos notoriamente estrechos, provocando así una paradoja que va a definir problemáticamente su voz: **avanzará hacia la profesionalización y la especialización, pero al mismo tiempo sucumbirá a la marginación política no explícita**. En palabras de Henríquez Ureña:

Nacida de la paz y de la aplicación de los principios del liberalismo económico, la prosperidad tuvo un efecto bien perceptible en la vida intelectual. Comenzó una división del trabajo. Los hombres de pretensiones intelectuales trataron ahora de ceñirse a la tarea que habían elegido y abandonaron la política; los abogados como de costumbre menos, y después que los demás. El timón del estado pasó a manos de quienes no eran sino políticos, nada se ganó con ello, antes lo contrario. Y como la literatura no era en realidad una profesión sino una vocación, los hombres de letras se convirtieron en periodistas o en maestros, cuando no en ambas cosas. Muchos de ellos siguieron la carrera de derecho en las universidades, pero pocos ejercieron después su profesión (2001: 165).

Las producciones literarias y las producciones interpretativas que éstas generan, también inician un proceso significativo: los escritores comienzan a pensar en términos de proyectos literarios y sus receptores trabajan con ellos a manera de conjuntos, adjudicándoles sentidos y propósitos. El discurso de los estudiosos la literatura comenzó a influir en lo que la sociedad percibía, ya que se vinculó a proyectos de mayor alcance como el local-nacional. El sentido de la historia que acarreó la emancipación fue el principal motivo para que se leyera la producción literaria en términos nacionalistas.

La ideología del liberalismo que impulsó los proyectos independentistas y que posteriormente trabaja por la consolidación de los estados nacionales, incluye también a los escritores como voceros de las causas

nacionalistas, haciendo que sus obras sirvan de apoyo en la unificación de las conciencias. Es así como con el amparo de la corriente ilustrada y el cientificismo positivista, se presenta como necesidad para el proyecto identitario la construcción de historias y compilaciones literarias:

Un aspecto importante y a menudo descuidado en el estudio de este período es el que corresponde a la preocupación por organizar y difundir los primeros repertorios literarios, tanto nacionales como de conjunto. En esos años se publican las primeras antologías y los primeros esbozos de historias literarias. Se trata de una tarea estrechamente vinculada con el proyecto general y englobante de autoconocimiento y afirmación identificadora en la organización de las repúblicas independientes (Osorio, 46).

Tales antologías sirvieron de herramienta para demostrar la existencia de producción literaria que la hegemonía ibérica no se había interesado en divulgar. El elemento positivista que interviene en la elaboración de estos repertorios concentra la mirada en los datos históricos (biográficos y anecdóticos) más que en la interpretación de los fenómenos literarios, ya que lo importante por el momento es dar noticia de repertorios que resalten la considerable producción literaria existente en la América Hispana.

Podría decirse que la elaboración de historias literarias es la primera manifestación de estudio de la literatura de manera sistemática. A medida que se reconoce un terreno propio para la literatura hispanoamericana (la autonomización de su campo), el estudio de éste (o por lo menos las clasificaciones más elementales) contribuye en gran medida a su legitimación.

Estos registros realizados para incentivar los sentimientos patrióticos son discriminadores. Eligen sin duda aquellas obras que simpatizan con un sentimiento nacionalista, lo que media en el establecimiento de ciertos cánones, marginando las expresiones que no se relacionan con el proyecto político-social del momento. En consecuencia, la «historiografía literaria» del siglo XIX en Hispanoamérica no logra escapar a los problemas de las otras historias literarias nacionalistas: el de adjudicarle a la literatura una función heterotélica, como la de ser documento de soporte histórico.

En este sentido, González Stephan (2002) indica que la transición de los estudios derivados del positivismo (obsesionados por los datos) y la formulación de métodos para trabajar con las ciencias humanas, se encuen-

tra fundamentalmente en las propuestas de Andrés Bello, quien entendió que las producciones culturales exigen otras formas de acercamiento y, por lo tanto, necesitan de la configuración de su propia epistemología:

Los hechos empíricos no tenían en la mirada de Bello la misma naturaleza; fueran éstos sociales o naturales determinarían indudablemente la metodología de las diferentes ramas del saber científico” (144), de tal modo que, “las observaciones de Bello estaban encaminadas para establecer las bases de un procedimiento más objetivo en el ámbito de la producción del saber en las ciencias humanas o del espíritu según la acepción de la época (145).

En la visión de Bello, la historia debe ser una forma de explicar a los pueblos la constitución de su espíritu. No puede ser el dato aislado o el inventario sin relación. En el “Modo de pensar la historia” que publica en *El Araucano* en 1848, acentúa la necesidad de ejercer la filosofía de la historia como método de comprensión y análisis de nuestra realidad. Dice Bello: “¡Jóvenes chilenos! Aprended a juzgar por vosotros mismos, aspirad a la independencia del pensamiento” (Bello, 251), y esta independencia de pensamiento no es otra cosa que el ejercicio de pensar nuestro proceso histórico y reflexionar sobre éste tomando como fundamento fuentes propias:

¿Queréis, por ejemplo, saber qué cosa fue el descubrimiento y conquista de América? Leed el diario de Colón, las cartas de Pedro de Valdivia, las de Hernán Cortés. Bernal Díaz os dirá mucho más que Solís y que Robertson. Interrogad a cada civilización en sus obras; pedid a cada historiador sus garantías. Ésa es la primera filosofía que debemos aprender de la Europa.

Nuestra civilización será también juzgada por sus obras; y si se la ve copiar servilmente a la europea aun en lo que ésta no tiene de aplicable, ¿cuál será el juicio que formará de nosotros, un Michelet, un Guizot? Dirán: la América no ha sacudido aún sus cadenas; se arrastra sobre nuestras huellas con los ojos vendados; no respira en sus obras un pensamiento propio, nada original, nada característico; remeda las formas de nuestra filosofía, y no se apropia su espíritu. Su civilización es una planta exótica que no ha chupado todavía sus jugos a la tierra que la sostiene (Bello, 251).

Hemos de entender que Bello no apuntaba hacia un historicismo sin más. Son los cuestionamientos por la consolidación de un humanismo hispanoamericano lo que sugiere al abonar el terreno para un método, un objeto y un corpus de trabajo. Su visión de la historia, directamente relacionada con la de una filosofía de la misma, sacó del camino la carencia de reflexión y la acumulación del dato por el dato: había que ejercer la apropiación de nuestras producciones culturales, y el único camino posible era el análisis sistemático de nuestro arte.

El estudio de la literatura como hecho en sí comienza a configurarse cuando el historicismo deja de imponerse al producto literario como una condición esencial para su explicación. Si bien en el siglo XIX hispanoamericano se adquiere conciencia de que la literatura es un fenómeno social perteneciente a un espacio y a un tiempo particular, se inicia la superación de la idea de obligarla a ser simple reflejo de su momento histórico, y se le trata como producto estéticamente autónomo.

Abundan sí las historias literarias, pero los trabajos historiográficos entendidos como “estudios críticos de los procesos de formación del conocimiento histórico-literario y de la calidad de ese conocimiento” (González-Stephan, 1985: 34) no logran su realización hasta que las concepciones de la historia y de la filosofía de la historia se asumen como formas de conocimiento plausibles para las producciones literarias y estéticas.

Conclusiones

En medio de la lucha que la élite criolla ilustrada XIX protagoniza para que su campo de producción fuera reconocido y diferenciado, pueden observarse los diversos intereses que rodeaban a las producciones literarias. Los hombres de letras participan en los proyectos políticos, cimentado con argumentos científico-sociales las necesidades de renovación, promulgando la autonomización del conocimiento de la realidad hispanoamericana. Al despojarse por fin de la colonia española, los anhelos de libertad, progreso y orden impulsan a los sectores letrados a proponer sus propios proyectos de restauración, apoyados en el positivismo como sistema filosófico, y posteriormente como manifestación ideológica. Pero pronto lo que parece ser el cumplimiento de la promesa libertadora, resulta ser la limitación de las aspiraciones, por el excesivo utilitarismo y el descuido de las dimensiones no materiales del subcontinente. En consecuencia, peque-

ños grupos que procedían de la misma aspiración científicista, optan por cuestionar los rumbos de los excesos empiristas del positivismo y realizan propuestas a favor de la construcción espiritual del continente. El antipositivismo se consolida como una forma de oposición a las tendencias científicistas, utilitaristas y empiristas del positivismo, y realiza propuestas que giran en torno a la función histórica del hombre, la reflexión metafísica y la intelección de las producciones artísticas como formas de conocimiento de la realidad cultural hispanoamericana.

En medio de esta pugna por el hallazgo de la mejor forma para aprehender la realidad y los problemas de Hispanoamérica se abren espacio los estudios literarios a manera de discursos que contribuyen en la edificación de las nuevas identidades nacionales y, al mismo tiempo se muestran como manifestaciones de autonomía intelectual, en cuanto buscan fortalecer sus bases epistemológicas, se esfuerzan por la legitimación de su objeto de reflexión. Es la visión de la realidad que otorga la perspectiva histórica y la reflexión sobre ésta que ofrece la filosofía de la historia lo que determina que los estudios literarios iniciaran su proceso de autonomización como manifestaciones del pensamiento hispanoamericano.

Bibliografía

Barrera, Víctor. “La formación del discurso crítico hispanoamericano (1810-1870)”. Tesis. Universidad de Chile, 2005. Disponible en: http://www.cybertesis.cl/tesis/uchile/2005/barrera_v/html/index-frames/html

Bello, Andrés. *Obras completas. Temas de Historia y Geografía. Tomo XIX*. Prólogo de Mariano Picón Salas. Caracas, Ministerio de Educación Biblioteca Nacional, 1951.

Gomes, Miguel. “La teoría crítica hispanoamericana: algunas reflexiones sobre sus orígenes”, en: Mario Rodríguez y Pedro Lastra (eds.). *Félix Martínez Bonatti, homenaje*. Concepción, Editorial Universidad de Concepción, 2003.

González-Stephan, Beatriz. *Contribución al estudio de la historiografía hispanoamericana*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de Historia, 1985.

_____. *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. Prólogo de John Beverly. Madrid, Iberoamericana, 2002.

Gutiérrez G., Rafael. *El intelectual y la historia*. Caracas, Editorial La Nave Va, 2001.

Henríquez U., Pedro. *Las corrientes literarias de la América hispánica*

[1945]. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2001.

Osorio, Nelson. *Las letras hispanoamericanas del siglo XIX*. Santiago de Chile, Universidad de Alicante/ Universidad de Santiago de Chile, 2000.

Rodó, José Enrique. *Obras completas*. Prólogos y notas de Emir Rodríguez Monegal. Madrid, Aguilar, 1957.

Salazar, Augusto. *¿Existe una filosofía de nuestra América?* [1968]. México D. F., Siglo Veintiuno Editores, 1988.

Zea, Leopoldo (comp.). *Pensamiento positivista latinoamericano*. Prólogo de Leopoldo Zea. Caracas, Biblioteca Ayacucho. Vols. I y II, 1980.

Zum F., Alberto. *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. Los ensayistas*. México D. F., Editorial Guaranía, 1954.